

ACONTECIMIENTO

Organo de expresión del Instituto E. Mounier

DIRECTOR: Gonzalo Tejerina Arias

CONSEJO DE REDACCION: María Arroyo
Carlos Díaz
Alfonso Espinosa
Javier Espinosa
José Angel Moreno
Pedro Ortega
Lidia Parrilla

ADMINISTRACION: Gainza, 19, 5º dcha.
28041 MADRID

Depósito Legal: M-3949/1986

Imprime:

Notigraf, S. A.
San Dalmacio, 8
Pol. Ind. Villaverde
28021 MADRID

Suscripción Anual: 800 ptas.

EDITORIAL

DESARROLLOS DE LA AUTOGESTION

1. HAY PALABRAS cuyo encanto es francamente grande, por el carácter eufónico o bello de su apariencia lo mismo que por el contenido que parece entreverse encerrado en su vientre semántico, y una de ellas es la palabra **autogestión**, que tanto promete.

La palabra **autogestión**, en efecto, promete un cierto grado de energía, la que al menos nos permitirá cumplir por nosotros mismos los compromisos que teníamos que realizar, sin recurrir a mediaciones externas. Haz por ti mismo lo que puedas hacer, no dejes para el otro lo que puedas hacer por ti mismo sería su norma. En esta medida, a mayor **autonomía** más grande **autogestión**, y en el límite coincidiría con la omnipotencia. ¿Quién le hace ascos a la autonomía, cuando lo que en realidad sospecha cada uno de nosotros es más bien lo contrario, a saber, que la impotencia acompaña nuestra humana condición? El lema **fallo da te** (¡hazlo por ti mismo!) lanzado por ciertos grupos de jóvenes neorrealistas en las algaradas callejeras italianas se mueve en esa dirección y quiere ser como un grito hacia un nuevo giro antropológico, el grito entre esperanzado y desesperante del ¡Despierta ya, ha llegado el gallo de la aurora! Pues es sabido que en el extremo antitético respecto de tal gallo se encuentra el camarón que se duerme, al que se lleva la corriente conforme al cantar popular.

Cada hombre lleva en su interior modesto una parte alicuota de seducción de absoluto, aunque —como dice Jeremías— sólo hay un absoluto que seduce, y la voz **autogestión** se remonta hasta esa altura y hasta esa seducción, cuyas primeras laderas descubre. Algo media la **autogestión** en el "seréis como dioses".

Sin embargo, no por la magia de su etimología se convierte la palabra talismán en llave que abre todas las puertas; hemos visto en el pasado a militantes obreros creer en la **autogestión** como en la virgen del Pilar, sin más razones que aquellas venidas de la voluntad de creer. Cuando de articular un mundo en la participación se trata es menester explicar los mecanismos que la mueven y las dificultades que paralizan.

2. No han faltado tampoco los más asépticos, los que analizando el término no han pasado de ver en él las dimensiones de una simple y trivial tautología: Autogestión quiere decir para ellos lo más obvio del mundo, a saber, que quien gestiona gestiona, de tal modo que nada ideológico nos descubriría el vocablo en cuestión, ninguna *terra ignota*, ninguna emoción oculta, ningún proyecto de futuro, nada en absoluto. Y por lo mismo *esa nada combinaría con todo*, lo mismo con el capitalismo, que con el comunismo, que con ambos a la vez si ello fuere posible.

La gestión puede ser, pues, capitalista o socialista, o comunista, pero decir que puede haber una autogestión "autogestionaria" no sería sino abusar de la tautología, repetir lo mismo para no alumbrar novedad alguna. De este modo la autogestión no es una forma especial de participación ni de reparto, sino tan sólo actividad neutra y orientable a cualesquiera usos.

Ello no impediría que de cuando en cuando se pusiera de moda, pues lo propio de la moda es servir lo de siempre con lenguaje novedoso y envoltorio diferente; incluso podría acá y allá servir para dar la impresión de novedad; y cuando un régimen social o político decae se cambian las piezas de sitio, para legitimar tal cambio trópico o de superficie con un cambio semántico para mejor vender.

A juzgar por lo que uno ha ido viendo, así ha procedido en nuestro país la transición del 1970 al 1980, donde el término más jaleado incluso en el ámbito de la pedagogía (que debería ser más prudente y sesuda a la hora de adscribirse a eslóganes) fue el de la "autogestión". Sin embargo bien pronto iba a verse su volteriano giro; así como Voltaire decía "calumnia que algo queda", así también algunos hicieron su agostillo con el "autogestiona, que algo queda". A pesar de todo, lo que quedó fue un vocablo dañado, deteriorado, quemado, por el abuso a que había sido sometido.

Sin embargo una minoría continuó urgida por la belleza del proyecto autogestionario, a pesar de las dificultades, las soledades y las distancias entre el proyecto y sus realizaciones. La autogestión se convertía en cooperativismo, y el cooperativismo en capitalismo, pero algunos seguían soñando con redimir de su cautiverio a la forzada autogestión que remaba como galeote en el barco pirata.

3. Los amigos del proyecto autogestionario como algo diferenciado lo enfocaban hacia la participación, en la inteligencia de que la autonomía a ultranza en el hombre genera un despropósito que conduce al hermafroditismo (el caracol es sexualmente autónomo y así le va, a juzgar por los cuernos que él mismo se suministra), y asimismo en la convicción de que no hay actividad aséptica, y menos la autogestionaria.

Desde esa doble negación los autogestionarios aseguraban: Si queréis la definición escueta y magra de lo que es la autogestión, aquí la tenéis en una sola palabra: **Anarquía**. El anarquismo sería, a partir de esa opción, la realización

venturosa del reino de los fines en que todos los hombres participando en la mutua promoción y convencidos de las ventajas del apoyo mutuo para el progreso de las especies podrían recuperar la dignidad de hermanos que habían perdido cuando la gestión la hacían unos a costa de otros (heterogestión).

El término **anarquía**, pues, sería —lejos de la degradación a que fuera sometida por sus impugnadores que la identificaron con caos, desorden y amorfa— el anarquismo sería, decimos, la más alta realización del orden, pues éste sólo puede acaecer en la medida en que la solidaridad prima sobre el egoísmo, y la armonía sobre lo disarmónico y/oico. Quien dice anarquismo, pues, dice relacionismo, entrelazado de vínculos crecientes y arborescentes donde la periferia va ganando terreno al centro, donde el margen se hace espacio de encuentro, donde no prevalece el dominio del hombre sobre el hombre ni el imperio de las minorías sobre las masas explotadas. Todo un proyecto antropológico se abre camino por entre la maraña de egoísmos y de dificultades estructurales, todas las cuales sí que constituyen la anarquía en el mal sentido, el latifundio del dispendio, el imperio de los horrores, la apoteosis de solitarios incomunicados, el caos en una palabra.

Habría, pues, que rescatar y restaurar la palabra **anarquía**, para entronizarla en el marco esplendente de la fraternidad, y con eso se viviría la utopía aquendizada e immanente: Tal pensaban los anarquistas, que querían posible (y no sólo pensable) la transformación rápida y escatológica de los horizontes desilustrativos de la raza humana.

4. Fuere o no posible este sueño, que debería contar más con el misterio del mal y con la realidad de la finitud, y que además creemos podría dejar abierto o franco el acceso a la trascendencia (por todo lo cual también se hace creíble a los abiertos a la otra vida), lo que si creemos cierto es que como contrapunto respecto al habitual acomodo al reino de la rutina y a la experiencia decadente nos parece algo que debe repensarse, y aquí queremos hacerlo.

Creemos de verdad que autogestionarse es madurar en la respectividad, ganar en energía para el encuentro, perder el miedo a los embites por la vida en el horizonte del amor. Creemos sinceramente que la mejor relación es la que se da en el marco de la fraternidad, la cual es muy exigente y también muy fastidiosa porque ser hermano significa también tener cuidado de los demás, molestarse por ellos, afrontar con ellos su situación, en definitiva descentrarse bastante para concentrarse en un nuevo centro: Decíamos antes que las relaciones entre periferia y centro se modifican. Y ahora siendo yo el centro no soy el único centro, que está también en mi hermano, lo que me convierte en un excéntrico concentrado en el cosmos todo, en un exiliado de mi propio egoísmo para entregarme por altruista afecto a los demás como a mí mismo, lo uno y lo otro. Y quien ha intentado esa experiencia sabe que no siempre es fácil, y que el secreto está en darse sin quemarse, en amar sin destruir la propia individualidad, en salir conservando el dentro, pero conservándolo sin conservarlo a costa del salir.

Quien tiene esa experiencia, a pesar del girón de sus entretelas, sabe que merece sin embargo la pena. Decía Jaspers que el hombre al saltar hacia la trascendencia se desgarró; debía haber dicho también al menos que hay además un salto desgarrador hacia la proximidad de lo horizontal que resulta muy duro, sobre todo a los que menos entrenados están en ese tipo de praxis al principio.

De hecho, la autogestión no es una mera teoría, sino que tan rara caballería andante prueba y obtiene su espaldarazo a través de su acción. Por los actos se conoce también al autogestionario. Los **actos** han de ser la **concretización de las actitudes**. No todos los actos estarán a la altura de las actitudes: Eso se da por supuesto, y es el precio que paga la inteligencia cuando se encarna. Pero aunque respetemos mucho la buena voluntad de una voluntad buena, somos todavía carnales y necesitamos alguna prueba para creer, a pesar de lo torcido de nuestra percepción, y a pesar incluso de nuestra dificultad para entender las señales y los símbolos. Pues en último término la única posibilidad de refutar al crítico o al escéptico no es la voluntad que no aprecia, sino el fruto de la misma, que es también voluntad, sólo que voluntad operante.

Sabemos de qué hablamos: Decimos (todos lo intuían) que hay que mojarse y compartir los frutos de la relación comunitaria. Sabe el autogestionario que habrá malas cosechas, e incluso que el signo de la siembra está expuesto casi siempre a la pérdida. Pero tampoco ignora que mucha o poco todo es para todos. Fácil es socializar la abundancia, difícil socializar la escasez. La madera de la que está hecha el autogestionario conoce la solicita socialización de la escasez, quiere los frutos del esfuerzo del mismo modo que una madre acoge al hijo menor o al menos válido.

Sin el reconocimiento de la dignidad de cada hombre, sin la acuciosa afirmación de que todo hombre es un fin en sí mismo, no hay posibilidad de autogestión, tan sólo cabría dar a cada cual según su trabajo (al que menos vale darle menos), sólo cabría la justicia que consiste en dar a cada uno según su trabajo. Pero cuando el hombre es valioso siempre y en cualquier circunstancia, incluso cuando está enfermo o es tonto, entonces el autogestionario hace suyo este lema: **A cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus capacidades**. Hermanos, tomad lo que necesitéis del montón; sabemos que produciréis lo que podáis. Todo es de todos.

El otro aparece así como un otro-yo, como un ser que vive en la filosofía de la promoción de la dignidad y del valor de ser persona, compartiendo y comprendiendo, solicitando y entregando, alegrándose incluso de aquella escasez cuyo misterioso resultado consistió un día en fortalecer la solidaridad y el milagro del amor, que no deja de ser un misterio frente al misterio del mal.

5. Insistimos en que a la hora de la verdad las cosas no solamente no resultan nada fáciles, sobre todo teniendo como enemigo a un mundo que está en efecto montado como una máquina presta a hacer fuego con todos los

cañones contra los barquillos de vela que se adentran en la profundidad de la utopía. La misma tentación lamentosa inherente a la utopía consiste en recurrir al expediente fácil de echar la culpa del propio fracaso al torpedeo ajeno, con el que de entrada se debía haber contado en lugar de acogerse a él para legitimar la impotencia y la rabia del llanto por el fracaso. Da a veces la impresión de que se busca el torpedo para despacharse más tarde lacrimoseando, con lo que el desencanto se convierte en alibi para abandonar sueños críticos y volver al retil de donde en el fondo no queríamos haber partido: Que se lo pregunten a la izquierda comemundos que hoy se limita a comer con cinco tenedores, a falta de otros mundos posibles. Todos conocemos algún viejo rockero que nunca muere, aunque agoniza.

La dificultad máxima del autogestionario está en el modo de producción, en el proceso de producción, en el agente de producción, en suma en la relación entre los fines y los medios; por eso el autogestionario debería tener como libros de cabecera "El único y su propiedad" de Max Stirner, el "Príncipe" de Nicolás Maquiavelo anotado por Napoleón, y el "Leviatán" de Thomas Hobbes, libros que recomendamos no tanto para evitar conciliar el siempre necesario sueño, cuanto para aunar el seso y despertar, previendo las dificultades lo antes posible, antes incluso en ciertos casos de que se presenten, pues no tardarán en hacerlo.

Cuando uno entra en el modo de producción las cosas ya no son tan fáciles, al quedar el deseo del hombre mediado por las máquinas y las tecnologías, que actúan a modo de espejos distorsionadores, como esos espejos de feria donde rostros y cuerpos adquieren grotesco aspecto a pesar de la presencia de los rostros más agradados. Porque allí, en la sala de máquinas, hay que **conjugan economía y humanismo, humanismo y economía**, esto es, ponerle el cascabel al gato, lo cual no se hará sin un serio humanismo, no cabiendo nueva economía sin humanismo nuevo. Si así no se hace, la economía será anatema para las tres cuartas partes de la población que, entre consumidoras y consumidas, pagaran con su miseria los hartazgos ajenos.

La experiencia más común, a juzgar por los fracasos periódicos, recidivantes, y hasta el presente eternos de la autogestión, es que cuando la rueda de la fábrica comienza a girar, en ese mismo momento la rueda de Fortuna enloquece: De tanto dar vueltas se trastruecan los planes, se marean los objetivos, el personaje sobre cubierta cargado de las mejores intenciones se ve invadido por bascas que le llevan al desnortamiento. Y entonces ya no le preocupa cómo compartir los excedentes, cómo producir más por medios más humanos, cómo subvenir en primera instancia a las necesidades más perentorias, sino cómo soltar el lastre de su resaca, cómo vender, cómo hacer frente a los pagos, cómo evitar el naufragio en una procelosa tempestad que no cesa de arreciar: No había mandado a sus barcos a luchar contra los elementos, regoja para sí mientras iza la bandera con la calavera sobre el mástil ahora convertido en pirata y colaborador de otros filibusteros a los que quizá un mismo proceso llevó a idéntico resultado; quizá aquellos a quienes él reputaba malos fueran

simplemente unos impotentes que, incapaces de diseñar *in vivo* mundos mejores, hubieron de cargar con el padecimiento de los peores. En fin, que el mecanismo justificatorio no conoce límites, y a la larga todos contentos para evitar el lacerante remordimiento a pesar de lo cual su trallazo chasquea en mi costado de cuando en cuando...

Y es que el humanismo se prueba en la economía, la ética en la producción, los fines en los medios, la teleología en la etiología y en la tecnología.

Pero esa nueva economía precisada de un nuevo humanismo, oh paradoja, halla en el humanismo de siempre que es su tradición la mejor invitación para su puesta al día. Con la invitación al otro como a uno mismo para que a partir de la mutua respectividad y del común respeto se oriente una nueva forma de producción y de consumo. Lo enervante del caso para algunos es que necesitan reconocerlo y no quieren, inventando humanismos o destruyendo humanismos con tal de no abrirse al viejo mandamiento del amor que es único, aunque siempre estrenable y posible con la especificidad irreductible de la creatividad de cada uno.